

## POESIA EN EL LEON FRONTERIZO

Por Luis Alonso Luengo

NM 8892

## POESÍA EN BUEN LEÓN FRONTERIZO

*El tercer domingo de junio de 1982, fue la decimoséptima versión de esa fiesta prodigiosa que es, cada año, la "Fiesta de la Poesía en Villafranca del Bierzo".*

*Siempre renovada, idéntica e irrepetible, la Fiesta tuvo un inolvidable Mantenedor en el Excmo. Sr. D. Luis Alonso Luengo, historiador, escritor y poeta, en el que la erudición profunda y la sabiduría lírica, exquisitamente cernidas, se emparejan con un emocionante leonesismo.*

*De Don Luis Alonso Luengo, cofundador de la legendaria "Escuela de Astorga", Presidente del Consejo Superior de la Casa de León en Madrid, son las siguientes páginas que embellecen y honran a "Tierras de León", y que se corresponden con su discurso definidor de la celebración que evocamos.*

Jamás se podrá comprender a León si no se le intenta sentir como lo que realmente es: *tierra de transición*.

Situada allí donde las montañas se hacen llanos y los arroyos ríos; allí donde la canción se hizo romance y los reyes caudillos se transformaron en reyes emperadores, León, tierra —e historia— de fluido discurrir hacia el sur, se adensa, sin embargo, y se enraíza, en esas sus unidades comarcales que, a modo de naturales subprovincias, se coordinan en una especie de *comunidad de que-rencias*, —“encarnación de caracteres físicos y colectivos en sentimientos”, que dijo Florentino-Agustín Díez—, y deja, con ello, marcados, en su esencia, dos impulsos conjuntados y nunca contradictorios, pues ambos resultan trascendentes: uno, estático, de comarcalidad, de *echar raíz*, y, parejamente, de crear la Institución, las altas “Instituciones Estatales” nervio de su historia; otro, dinámico, de salir, de avanzar, y, paralelamente, de *mover la institucionalidad*, de adecuarla al ritmo libre de cada momento.

Hemos de romper con el tópico de que León es un mosaico que tiene algo de Asturias, un poco de Cantabria, bastante de Galicia y mucho de Castilla. Ni Asturias, ni Cantabria, ni Galicia, ni Castilla: León, puro y escueto, *tierra de tránsito enraizado*, con toda la profundidad e inmanencia que este concepto arrastra; no como una manera de *estar* o de *existir*, sino como un modo especial de *ser*. León, tierra de *tránsito*, que no es lo mismo que tierra “de paso”. ¿No será, todo esto, ese “leonesismo vivo”, que dijo Ramón González Alegre, y que arraiga, según él, “a partir del Bierzo Alto”?

Por eso la metáfora más clara de León —León, que tiene el mayor kilometraje fluvial de España— es la del río, es decir, huida temblorosa del agua y de la espuma, y, al propio tiempo, fijación permanente de imágenes, reflejos y cristales.

Nacen los ríos leoneses en las altas montañas —el Porma, el Torío, el Orbigo, el Esla, nuestro materno *Astura*...— y bajan verticales sus aguas hasta el Duero que las recoge horizontal, creando nuestra gran frontera de historia, la mejor línea de ciudades defensivas del Reino de León: Zamora la “bien cercada” (la “Troya” de los Romances leoneses); Toro (miniatura para infanta bizantina); Tordesillas (arabizada clausura).

¿Y el Sil y sus afluentes que, como el Burbia y el Valcarce, festonean Villafranca? Eso es otra cosa, y de la más alta significación.

Nace el Sil en las altas soledades de Somiedo y su Fuente Sila —que merecía ser la Fontefrida de los romances— le empuja para que afluya al Duero. ¿Qué ha sucedido para que, de pronto, el murallón granítico rodeado de bosques que lo encauza, retorcido por gigantescas manos invisibles, se haya resquebrajado y roto de cuajo y, por la distorsión, allá en el abismo de “las Palomas” —donde el famoso puente—, precipitándose al río, haya variado de curso, trasvasado de cuenca, para

hacerse afluente del galaico Miño, para deslizarse sobre el colosal aluvión aurífero de los Montes de León, decantando el oro que en su seno dormía? ¿Quiso modificar su ruta originaria hacia el Sur —que fue luego la de la Reconquista— presintiendo que ésta no podía ser nada sin el místico caminar a Compostela al que, así, al variar de cuenca, se adscribió? Es la lección de un río que, con su curso determinado en lo telúrico, lo cambia en virtud de una cósmica y libre voluntad superior (¿acaso el dios ibero, libre y terrible, de los riscos, que cantó Machado?), y que lo hace para librar de la impureza del cieno a la purísima, casi espiritual, exigencia del oro que en él yacía y que, así, adquiere transparencia de estrellas. Es, dentro del signo leonés de tránsito, derivar la ruta del camino bélico, no para romperla sino para hacerla coexistir con la sagrada de la “Vía Láctea”, y dar más alto sentido a su transitar.

Pero los ríos de León, aquellos que bajan al Sur siguiendo el destino de la Reconquista, o estos del Bierzo que afluyen al Norte para inyectar a ese destino la mística compostelana, componen, al bajar de las montañas, el paisaje más nítidamente leonés —por ser de limpia y pura transición— que es el de “las vegas”, abierto de labrantío y aceña, de chopos tembladores alineados junto al río para el silencio de la alta nube y la paloma; y, dentro de él, su iniciación, el valle, donde la montaña abre sus verdes y arboladas praderas para que el río discurra, entre frescores y musicales gorjeos, hacia la libertad de la vega.

Los valles —dice Dámaso Alonso— “miran siempre hacia la ternura inicial, hacia el origen”. Aquí en León —agregamos— *son el origen* de eso que constituye la esencia de nuestro ser.

El propio Dámaso Alonso sintió en Villafranca, a través del valle en que la ciudad se asienta, toda esa profundidad originaria. Muy conocido es su poema pero, no obstante oíd:

*”Desde un repecho miro:  
allá al fondo se extiende Villafranca.  
... ..  
El valle bebe y bebe silencioso,  
en eses sesga el río, y pasa y pasa.  
Río es amor: es manso amor de valle.  
Un valle en sombra es humedad con alma.”*

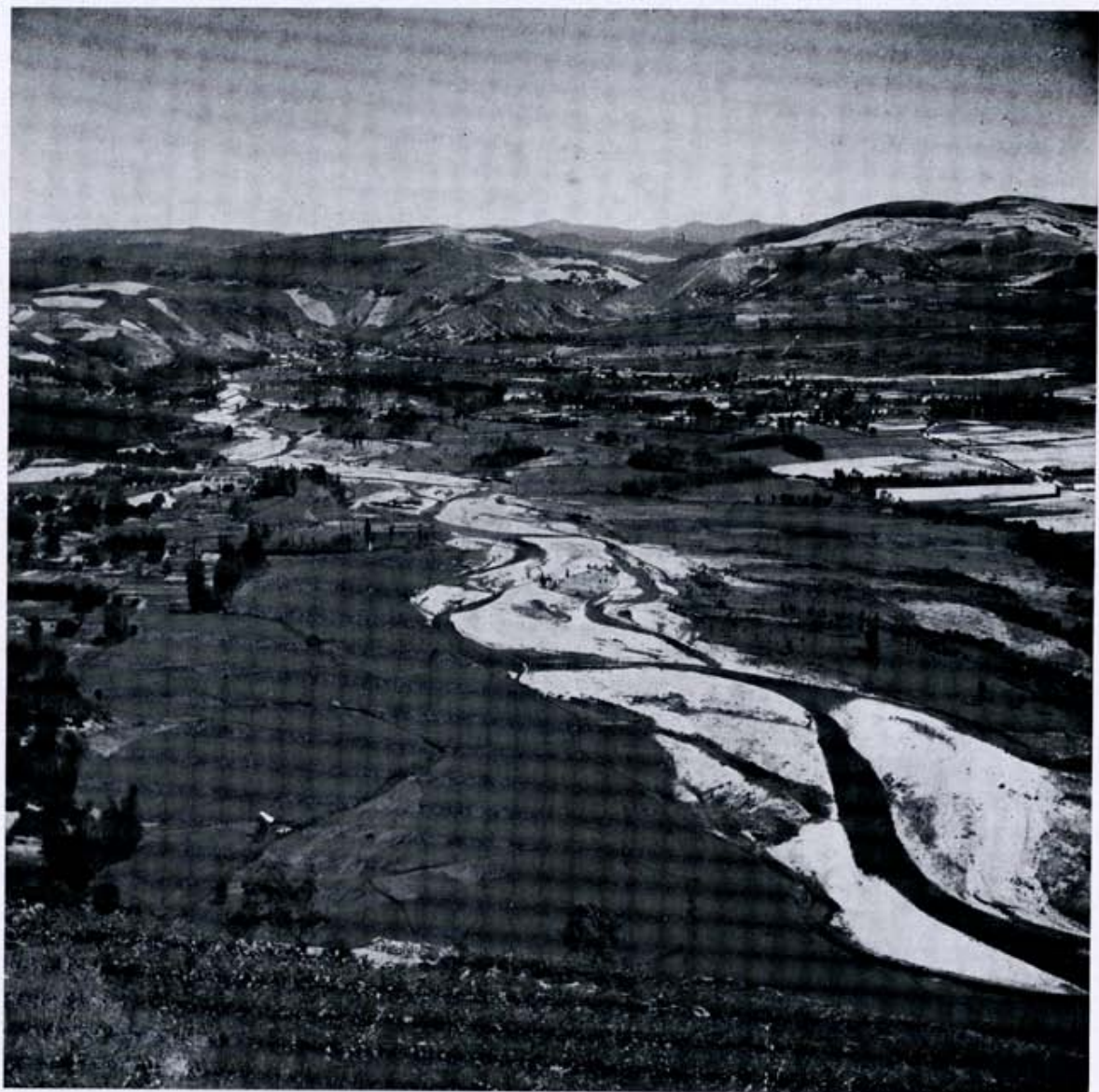
Tierra de tránsito León —almas en tránsito las suyas—, y, como germen de ese tránsito, entre la montaña y la vega —entre el pensar y el sentir, entre el vivir y el soñar— el valle que es “amor de río”, y que, en Villafranca, por la gracia de un poeta, se hizo “humedad con alma”.



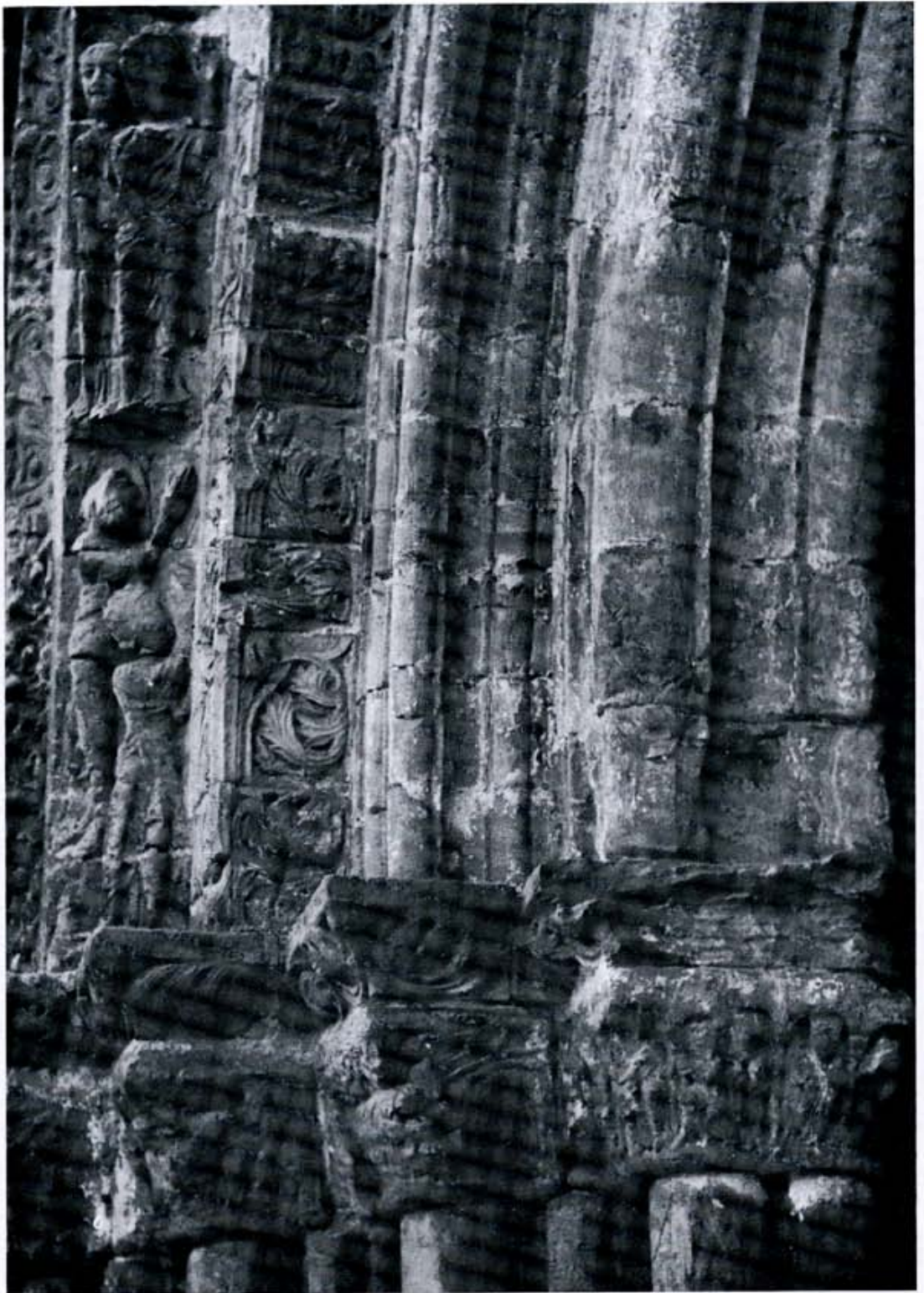
Pero nos preguntamos: ¿qué es la poesía sino la intuición en iluminado frenesí de tránsito, —no en el primer escalón sino en el último y más alto de la escala— para la penetración del alma en lo Absoluto?

Admitamos que la esencia de la poesía es pura transición iluminativa. Y, para ello, acudamos al tradicional escalonamiento de valores que el idealismo de Hegel nos dejó.

Todos lo sabéis. El arte es una evolutiva ascensión hacia lo Absoluto. En ella se va produciendo el sucesivo desprendimiento de la materia y el paulatino avance, hacia su triunfo, del espíritu. Así, la arquitectura es el predominio de la materia, donde la idea se presente pero no se expresa aún; la escultura, más desprendida de lo material, permite un juego libre de la idea pero no



“¿Y el Sil y sus afluentes, que como el Burbia y el Valcarce, festonean Villafranca? Eso es otra cosa y de la más alta significación”. (Foto Marqués de Santa María del Villar).



**"Así la iglesia de San Francisco, donde el románico de la portada y el morisco del artesón parecen rendir honores a la cruz heráldica de nuestros señores los caballeros del Temple". (Foto Amalio Fernández).**

de la vida; la pintura, con la luz y el color, se libera ya de la materia *que pesa*, mas no de la *que vuela*, y, si expresa el vivir, no logra todavía salir de las formas estáticas, que, al fin, se rompen con el movimiento sonoro en brazos de la música, que es la supresión de toda relación espacial, conquista de la expresión del vivir con la suelta movilidad del sonido. Desde este punto, un salto más y he aquí el último grado —la poesía— donde, con la magia pura del verbo, sin posible aditamento material alguno, libre hasta del color, la luz y el movimiento, desnudo ya en sí mismo, consigue el Espíritu esa actitud expectante, no ya sólo de expresión sino de síntesis vital, única factible para penetrar en lo Absoluto, con el que, al fin, se identifica en un raptó iluminativo de plenitud.

Pues bien, si la poesía es hondura en transición última hacia lo Absoluto; si León es, para nuestra geografía y nuestra historia, “tierra de transición enraizada” (con lo que de avance hacia lo trascendente del vivir español comporta este concepto), ¿qué de extraño tiene que aquí, bajo este cielo incólume, sobre esta tierra incólume, entre estas almas de León, pretendamos sorprender la más limpia vinculación de la poesía que se pueda soñar?

La propia creación poética leonesa parece estar colocada, formal y esencialmente, en actitud de tránsito, en correspondencia con un fenómeno de avance, de evolución fronteriza de límites.

¿Qué hizo el leonés “Poema de Alexandre”, allá en el siglo XIII, sino establecer un tránsito del piadoso “mester de clerecía” hacia metas de restauración clásica, elevándolo al rango de poesía culta, abriendo así el camino no sólo de los “libros de caballería”, sino del mundo poético del Renacimiento? ¿Y qué otra cosa fueron nuestros romances novelescos populares —creación genuina de León— sino un avance, un *tránsito*, desde los “cantares de gesta” hacia la narración poemática novelada, adelantando arquetipos míticos, como el de “don Juan”, “el convidado de piedra”, o, incluso, el mismo “Hamlet”, trayéndonos, por otra parte, la primera concepción virgiliana y renaciente del paisaje, como en aquel romance, en leonés arcaico, descubierto por Florentino-Agustín Díez:

*”Por la braña andaba un día  
—la mi braña de Caldas—  
careando por el chozo  
con los mis perros las vacas.  
El sol fuyendo se diba  
por la collada más alta,  
golviase el aire quieto  
y el tardecer se apagaba...”*

Y, como síntesis, en fin, he aquí la genialidad de nuestro gran poeta, el villafranquino Enrique Gil, que, aparte su carácter de primer novelista español del Romanticismo, como poeta, frente al retoricismo largo y deslumbrante de los románticos, trajo un intimismo, una ternura y una sencillez que constituyen el puente hacia la poesía de Gustavo Adolfo Bécquer, fuente inicial de toda nuestra poética moderna; de un Bécquer al que, más que bebiendo en manantiales germánicos, comprendemos nutriéndose de la savia de Enrique Gil.

Lo descubrió Gerardo Diego al decir que “el espíritu misterioso, soñador, virginal, la etérea fantasía simbólica y, sobre todo, la *capacidad de precisión en el ensueño*, que tan familiares nos son en Gustavo Adolfo, alientan antes en Enrique Gil”.

De él los tomó Bécquer —según la tesis última de Jean-Louis Picoche—, que no sólo en la Rima LXXII hizo una comprimida síntesis del poema de Gil “La violeta”, sino que, en distintos momentos, transportó a otras “Rimas” versos enteros del poeta villafranquino y —lo que es más im-

portante— puntos de arranque, a veces por inspiración contradictoria, como en el caso de “La gota de rocío”, de la que dice Bécquer

”¡Ay de la flor si de la luz al beso  
se evapora esa perla...”

y a la que Gil, contrariamente, canta con lenguaje de adelantamiento becqueriano:

”Pídele al sol que con su rayo ardiente  
disipe por los aires su vivir...”

Pero no sólo en la creación poética leonesa sino en el mismo concepto que de la poesía tienen, y manifiestan, los pensadores y poetas de las últimas generaciones de León, está latente ese contenido de *transición iluminativa* que ha de suponer lo poético.

Antonio G. de Lama, nuestro gran definidor de mundos poéticos, aludía al *ápice* del alma, de que hablaba San Juan de la Cruz, y decía:

“Cuando una palabra, un verso, un poema consigue *atravesar* las capas del ser y llega al *ápice*, al *yo* que somos, al cogollo íntimo, y le roza y le estremece y le ensimisma o le enajena, entonces es que la poesía está presente.”

Para Leopoldo Panero poesía es “alto frenesí del pensamiento”.

Para Antonio Pereira, “una consolación, un comprimido de sentimientos, una síntesis general de sentimientos y no un análisis como la novela”.

Eugenio de Nora dice: “No podemos admitir siquiera la posibilidad de un solo conflicto entre ella —la poesía— y el orden moral, precisamente porque ese orden debe ser, *en última instancia*, revelado por la poesía”.

Antonio Gamoneda dice que “la poesía es poesía al poseer una peculiar fuerza de representación de la realidad interiorizada”.

Para el grupo de la revista “Claraboya” —Aparicio, Merino, Luis Mateo Díez, Agustín Delgado— “la poesía es algo fundido, más que al individuo a sus dimensiones universales”.

Para José Antonio Carro Celada “la poesía es como un *lenguaje fronterizo*, el único capaz de espejar los *límites* del sentimiento”.

Antonio Castro piensa que la poesía es “un asombro ante el ser; un asombro convertido en palabra, y el arco de más tensión que tiende el hombre hacia el ser”.

Para Antonio Colinas la poesía debe concebirse “como adivinación a través de la contemplación, y se trata —dice— de nuestra capacidad de *ascender* en el universo, adivinando zonas del mundo y del trasmundo, sin desprenderse de la realidad circundante”.

Para Eutimio Martino la poesía es “la síntesis de conocer y ser, y el conocer emerge de los poetas como *comunicación hacia los demás*”.

Vicente Presa concibe la poesía como “límite” —de ahí su libro “Teoría de los límites”—. “El límite de la poesía —dice—, de los poetas, debe situarse en lo no concluso, en lo inabarcable de la expresión pura y constructivamente objetual”.

Julio Llamazares, obsesionado por el paso del tiempo, piensa que la poesía “no es más que lo que queda de ese *transcurrir*”.

En fin, para José Montero Padilla, “el poeta es el que, poseído del don de la inefabilidad, consigue que se convierta en exacta palabra lo que dentro de muchos seres era tan sólo temblor de

pájaro herido"; y afirma, con Hauptmann, que "la creación poética consiste en dejar oír, detrás de cada palabra, la palabra esencial".

En definitiva, la poesía, *tránsito iluminativo, ascendente del ser*.

Pero es significativo —y no podía ser de otro modo— que los poetas de León, incluyendo a los más jóvenes, que así piensan de la poesía, poetas que hoy constituyen legión, con tan alta calidad que se puede hablar de un "Siglo de Oro de la poesía leonesa", lo hayan de hacer humanizándose en la apoyatura de su propia tierra, como respondiendo a su llamada.

Serían muchos los poemas que podríamos citar como muestra de esa conjunción "por vecindad", que dijo Pereira. Baste, como ejemplo, traer aquí el arranque bellissimo de aquel conocido soneto del propio Antonio Pereira, titulado precisamente "Afirmación de vecindad":

*"Soy de una tierra fría pero hermosa.  
Aquí la nieve, la esperanza helada  
de que se alumbre cada madrugada  
el destino difícil de la rosa."*

Destino difícil de la rosa; destino difícil del tránsito; destino difícil de León.



La poesía, como toda infinitud, tiende a condensarse, a concretarse en un punto. En este caso, León. Y dentro de él, Villafranca. ¿Por qué?

Porque en ningún otro lugar de nuestro suelo leonés, ese tránsito enraizado se nos muestra, como aquí, en carne viva para transformarse en la más íntima pureza de sí mismo. Villafranca es el único burgo leonés producto exclusivo del "Camino de Santiago". Villafranca nace para hacerse concreción, resuelta en ciudad, del sentido más trascendente del caminar —el peregrinante—, que ya no es mero discurrir andariego, porque aquí puede alcanzar su último fin: la gracia del Jubileo, que en Villafranca se puede conseguir, en caso de fuerza mayor, llegando a la iglesia de Santiago, donde, como si se alzase el mismísimo Pórtico de la Gloria, la piedra *vuela* y se reviste de gracia porque la sostienen en vilo los propios ángeles de Compostela. Por eso sólo aquí, en Villafranca, son posibles esos "Encuentros de peregrinos y poetas", bella invención que este año se ha iniciado precisamente ante la Puerta del Perdón de la iglesia de Santiago.

Todo aquí, en Villafranca, se ordena hacia esa clara finalidad peregrinante, hacia esa conjunción de meta mística y poética que aquí se logra.

Así la sombra y contraluces de la calle del Agua, donde la piedra, en larga escenografía de escudos y balcones, hace del silencio rumor: musicalidad de un agua invisible, compuesta, más que para la sorpresa absorta de los peregrinos, para acompañar sus cánticos de oración.

Así la alta plaza donde las rúas descansan su estrechura en abierto esplendor, y aúpan a las iglesias de San Francisco y Santiago una radiante nube hecha ordenada geometría.

Así el hundido rincón de la Anunciada (rejas y clausuras de los Austrias, panteones nobiliarios y claustros silenciosos a los que las intrépidas y piadosas marquesas traían reliquias robadas de santos —¡oh aquel asalto a Peñalba, casi sacrílego a fuerza de fervor!— para que fueran veneradas por unas monjas de pálido perfil).

Así la fachada de los Paúles, cuya monumentalidad escurialense se ha despojado de sombras herrerianas.

Así la iglesia de San Francisco, donde el, románico de la portada y el morisco del artesón parecen rendir honores a la cruz heráldica de nuestros señores los caballeros del Temple.

Así las cónicas torres del palacio de Peña Ramiro, colgado de las frondas como un castillo del Tirol.

Así la Colegiata —Italia en León por gracia de los señores virreyes villafranquinos— con un poco de la finura florentina y un mucho de la monumentalidad romana.

Así, en fin, ese parque cuyas románticas umbrías, con fuentes traídas de monasterios románicos, sientan, sobre la exuberancia selvática de la montaña y el río —pura naturaleza—, el triunfo de la cultura que es el ordenado jardín.

Variados y dispares elementos de arte, de modos vida, de épocas, éstos de que Villafranca se compone, y que, sin embargo, se resumen en profundo temblor de unidad. ¿En qué radica el fenómeno? Preguntádselo al Camino de Santiago, que sigue la mismísima ruta de unificación de la Vía Láctea. Y preguntádselo a las altas montañas de las que Villafranca deriva su valle originario.

Aquella de El Cebrero donde la duda eucarística se hizo milagro wagneriano de fe y de oración. Aquella de Corullón desde donde, junto a la hiedra hecha bronce del alto castillo y el románico soleado —casi oro orfebrero— de la iglesia de San Miguel, se avizora, escalonado, el inmenso panorama —luz traspasada de neblinas— del Bierzo entero, y se nos acercan, en prodigio óptico, el resplandor del lago de Carucedo, el cobre cincelado de las Médulas y el verde de los bosques, haciéndonos adivinar cómo el contorno de la infinita rotonda se impregna de las sombras del Temple —Ponferrada, Cornatel— para mejor crear esa atmósfera fascinante del Bierzo que es hipnotismo del alma en ascensión.

“Magna Grecia, Atenas y Corinto del Bierzo y de León”, se ha denominado, en reciente *Historia de la literatura leonesa*, a Villafranca, aludiendo a esta Fiesta de la Poesía cuya diecisiete edición estamos celebrando.

Nosotros diríamos, mejor, que Villafranca es la Fuente Castalia del alma de León. Esa fuente de la vieja Grecia cuya agua transfiere el numen poético que duerme en el Monte Parnaso de cuya falda fluye y cuyas linfas, aquí en Villafranca, parecen haber sido bebidas no sólo por las élites de la ciudad sino por el pueblo entero, inmersa como está la conciencia popular villafranquina en el aura de la poesía.

No hace un año todavía, viajando por Grecia, llegábamos a la “sagrada fuente” y, bajo la peña volcánica y los árboles gigantes del Parnaso que la cobijan, bebíamos el agua de *Castalia* al lado del templo de Delfos, al que luego subíamos por la “Vía Sacra de los Tesoros” hasta el altar de Apolo, que era donde, en tiempos remotos, se había de pedir el *oráculo* que, en lenguaje poético —en forma arcana de poesía—, había de ser pronunciado por la *Sibila* y los sacerdotes. Y yo os aseguro que, al hacerlo, llevando en la mano, como guía emocionada de aquellos lugares, el “Libro de Alexandre”, que, entreviéndolos desde el León del siglo XIII, los describía, sentí en el alma ese inmenso escalofrío que sólo se produce por contacto con el misterio.

¿Es que habíamos sorprendido allí una huella lejana, pero profunda, de León, porque hasta la Fuente Castalia nos había conducido, como en sueños, el “radar” espiritual de nuestra mejor poesía medieval, aquella que abrió el alma de León a horizontes insospechados de luz, y que, ahora, se nos revelaban con nuevo esplendor?

Sea lo que fuere, yo os aseguro también que, hoy, en Villafranca, estoy reviviendo aquel momento, sintiéndolo latir en las más hondas fibras del ser, como si aquí, y no en Grecia, el contacto con aquel misterio se hubiera producido, se estuviera produciendo. Porque Villafranca es la Fuente Castalia de León; y su agua, el aire que aquí se respira, todo él, numen de poesía integral. Y los montes que la circundan, el Parnaso de la antigua Hélade. Y Delfos, el oráculo sacramental del Cebrero.

Todo aquí se traduce en poesía, porque todo es profundo rezumar poético; y no sólo el verbo de los poetas y escritores que aquí constituyen insigne legión —desde Balbino Álvarez de Toledo y Luis López Álvarez a Ramón Carnicer; desde Enrique Antón y Antonio González Guerrero a Ramón González Alegre; desde Gilberto Núñez Ursinos, José Carlos Mestre y Dalmiro de la Válgoma a Antonio Pereira —el más alto animador de mundos poéticos—, sino hasta en la luz y en el color del pincel mágico de Beberide, o en ese estremecido mundo de la música que Cristóbal Halffter —villafraquino de adopción—, día a día, genialmente crea.

Villafranca, de la que dijo González Alegre:

*"Allí estaba, sobre el río,  
tu aliento.  
Allí estaba poblando mi vacío...  
Allí estaba tu aroma  
con mirtos de ribera.  
Mi amor, sobre la orilla,  
buscaba tu frontera."*

Villafranca, la Fuente Castalia de León, porque el absorber ese su aliento, nos hace sentirnos a todos identificados en una misma comunión —la poética—, respondiendo a esa humana ansiedad de unificadora compañía. Pues, como acaba de decir Victoriano Crémer —hablando de esta Fiesta—, "el hombre necesita, para no sentirse solo, para no saberse muerto definitivamente, un poco de fantasía, un sorbo de poesía".